

## MEMORIAS CIENTÍFICAS I LITERARIAS.

---

*MEDICINA.—Consideraciones sobre la hipocondría.—  
Memoria de prueba para optar al grado de licenciado en  
la Facultad de medicina, por don Carlos R. Tobar.*

Señores:

Arduo es el trabajo de complaceros: para conseguirlo, es menester que os diga algo de nuevo. ¿I se puede escribir algo de nuevo en el siglo XIX? Alhagado, sin embargo, con la esperanza de ofreceros algo, siquiera en la apariencia, de interesante novedad, no he consultado ninguna obra de las que tratan del tema que he elegido para mi memoria. Por la misma razón, me ocupo someramente del cuadro sintomatológico, cuadro que se halla en todas las obras de patología; pero he procurado que los coloridos sean exactos i fiel la semejanza con el orijinal. La etiología ha merecido de absoluto mi atención. He tenido vasto campo para el estudio de la enfermedad que va a ocuparme; he vivido en país donde se hallan los dos extremos: mucho amor o completo despego a la vida; i donde, por la escasez de espeditas vías de comunicación con el extranjero, parece nos hemos encerrado *nosotros dentro de nosotros mismos*.

No he consultado ningún libro. Además, lo confieso, por razón de vanidad: creo que debemos ir arriesgando nuestros pasos sin buscarnos apoyo. Necesitamos emanciparnos del viejo mundo; heredémosle, tomémosle e imitémosle todo lo bueno i útil; pero dejemos, por fin, el prurito de querer acomodarnos prácticas que no nos vienen justas. Cada país, como cada individuo, tiene su modo de ser especial i característico que le diferencia mucho de los demás, i ese modo de ser imprime en él necesidades, derechos i deberes distintos en extremo. El hijo no

ha de vestirse indistintamente con la ropa de su padre, permitidme la vulgaridad de la comparacion. Nosotros no hemos de apoderarnos ciegamente de lo que es propiedad de nuestro padre, el viejo mundo. Tiempo es ya que trabajemos por cuenta propia; lo que no quita que consultemos su esperiencia, cuando hayamos menester.

Deseo vivamente, señores, que mi *memoria* merezca vuestro interés.

---

#### DEFINICION.

La hipocondría (de *υπο* debajo i *κρῆσις* cartilago) es una afeccion eminentemente nerviosa: sin lesion local ni cambio en la circulacion i calorificacion, caracterizada por desórdenes mas o menos notables en las facultades afectivas i sensoriales, i cuyo punto de partida se halla *de preferencia* en una enfermedad antecedente de los órganos digestivos i sus anexos.

#### ETIOLOGÍA I PATOJENIA.

Como en várias otras enfermedades, en la hipocondría son muchas veces de todo punto opuestas las causas que la producen. Un hombre que lleva el estómago vacío es incapaz de pensar de otra manera que *animalmente*, si se le permite la expresion; su idea única i esclusiva será satisfacer la necesidad. Que la abstinencia se prolongue todavía mas, i el cerebro de este individuo dejará de elaborar hasta las ideas que, casi con exactitud, hemos llamado *animales*: no le quedará mas que un instinto ciego, loco, furioso, de peor condicion que el de los brutos, que impulsará a ese hombre a matar a sus hijos para devorarles, o degollar a su padre o a su esposa para satisfacer su hambre verdaderamente feroz. Figuraos, por el contrario, uno de aquellos hombres, como hai algunos

cuyo pensamiento solo les sirve para idear goces i buscar el medio de satisfacerlo, i aún esto sin tomarse la menor molestia, porque la fortuna les ha colocado en posición de llenar todos sus deseos. Los sentidos, parece se han trasladado i concentrado todos en las papilas gustativas de la lengua. Su estómago, enorme depósito, se ha ensanchado por la lei de la naturaleza, que podríamos llamar de progresion, i soñoliento recuesta la cabeza incapaz de servir para otra cosa.

Axioma es que la dijestion mata el pensamiento: no parece sino que la materia está en perenne lucha con el espíritu. I en verdad, esto no es cierto de una manera absoluta. Debe necesariamente recibir el cerebro la cantidad de sangre, ni mayor ni menor, que necesita; ha de estar sano i robusto, si se me permite la palabra, para elaborar pensamientos sanos i robustos. En ciertas enfermedades está el órgano cerebral como excitado, se le nota vivo i perspicaz; pero al mismo tiempo esa viveza i perspicacia llevan el sello de la enfermedad, *de ese no sé qué* que alarma a la familia del enfermo i da en que pensar al médico. *Mens sana solo in corpore sano* decian ya nuestros projenitores en la ciencia. ¿Cómo, en efecto, podemos aguardar que un cerebro que está recibiendo impresiones pervertidas o dañadas, produzca ideas que no participen del daño o perversion de las impresiones? Fuera de esta íntima solidariedad, notad una cosa en que talvez no habeis fijado vuestra atencion: los hombres que han encontrado desde su nacimiento, al alcance del brazo de sus necesidades, el modo de satisfacerlas, aquellos que no han necesitado nunca apretar la intelijencia para hacerla discurrir, esos hombres, digo, han dado miserable continjente a las artes i a las ciencias, a la imaginacion i al pensamiento. La necesidad es la vara de Moisés que en áridos desiertos hace brotar fecundadores i mai ricos manantiales.

¿Cuántas obras, prez i honra del linaje humano, se de-

ben al hambre de una esposa o a la desnudez de una familia! ¡Cuántas, que son el tesoro del jénio, son escritas para ser vendidas por un bocado que sofoque un grito de necesidad! ¡Cuántas veces ese hombre, que con su mirada ha penetrado en la inmensidad, sale a la calle con el fruto de su superior inteligencia bajo el brazo, para cambiar ese libro por un mendrugo de pan que arrojan a su hambre!

Las partes inmaterial i física del hombre están ligadas de manera mui íntima; la una puede acabar con la otra mui fácilmente, i vice-versa. Las enfermedades del cuerpo ahogan una imaginacion viva i fecunda; i en cambio la imaginacion sola, o casi sola, puede producir sobre el cuerpo estados anormales mas o menos notables, mas o menos graves. Dejadle al poeta que se remonte a las estrellas, el cuerpo le advertirá, cuando sea tiempo, que debe descender al mundo i a la prosa mas rastrera. Mirad, en cambio, al hombre de jenio atado contra la tierra con lazos de vulgares ocupaciones ¿quién contiene el atrevido pensamiento que está jirando talvez al rededor de los mundos infinitos?

Los lugares donde la civilizacion va llegando precedida de sus mil i mil desventajas e inconveniente, están lejos aúr. los gozes i comodidades. Aquellos lugares donde la vida es como de transicion, o mejor dicho, las costumbres son como un puente echado entre los hábitos patriarcales de nuestros abuelos i las necesidades de un siglo exijente. En los tales lugares, los hombres viven individualmente, por decirlo así, i no socialmente; parece que la vida huyendo del exterior va a concentrarse o a esconderse en lo interior i mas recóndito del *yo*. I entonces sucediendo aquello del vulgar axioma que *quien a naitie da con todo se queda*, tórnase el hombre egoísta por excelencia, ámase solo a sí mismo o a lo que le pertenece; i podría así decirse del hipocondríaco que es un egoísta, cuyo egoísmo por su exajeracion ha llegado al estado pa-

tológico, como podríamos decir de ciertos egoistas que son hipocondríacos fisiológicos, es decir, cuyo egoismo no ha llegado al punto de constituir enfermedad. Contentándose los individuos con pensar solo en sí mismos, precótipales cualquier cambio, siquiera insignificante, sobrevenido en su salud i héles predispuestos a una afección cuyo centro, dedonde partirán los síntomas, es la imajinacion i nada mas que la imajinacion.

Aquellas personas que no tienen con quienes compartir un corazon excesivamente sensible i tierno; los célibes que llegando a cierta edad, encuentran el mundo como vacío, i necesitan volver la vista al propio corazon para mirándose dentro, ver a alguien. Estas personas llevan ya una causa predisponente, poderosísima, para la enfermedad que va ocupándonos. Una afeccionsita cualquiera del estómago, casi siempre, o de otra víscera, es la chispa que producirá la explosion. (Esta afección llegará talvez, a ser uno de los elementos de la enfermedad, como veremos después; pero nunca el punto de partida de los demás síntomas; en una palabra, cuando mas se podrá llamar síntoma o elemento, jamás esencia.)

Las mujeres i los hombres nerviosos hállanse en condiciones mui apropiadas para contraer la afección. La susceptibilidad de su sistema nervioso necesita el choque de una impresion desagradable o de una enfermedad de cualquiera naturaleza, de preferencia leve i crónica; para derramar síntomas que existian ya, podria decirse, en embrión o de una manera imperfecta pero cierta i efectiva.

La edad desempeña no secundario papel en la etiología de que nos ocupamos. La nerviosidad a cierta edad parece haber adquirido todo su incremento, es como quien dice una máquina eléctrica pronta a dar chispa; el amor, la cólera, la tristeza, todas las pasiones, como almacenadas, son electricidad en tension. A esta edad, sino se tiene a quien amar, la imajinacion cria un objeto digno de ser amado. Tristezas sin causa torturan el espíritu y le llenan de amargura que se podria llamar subjetiva.

Hemos apuntado ya la poderosa e inequívoca influencia que, en la producción de la enfermedad, ejercen los temperamentos. *Sanguis inoderator nervorum*. La sangre ahoga la nerviosidad, mientras ésta se empeña en acabar con aquélla; enemigos acérrimos no puede vivir el uno sino sobre la tumba del otro. Así, pues, los individuos pobres de sangre, debilitados por las privaciones o por una enfermedad crónica, están al desbordarse en síntomas de hipocondría; dejadles solos con sus pensamientos, separadles de la familia, matadles con un desengaño la confianza en la amistad o en el amor i les vereis, de la noche a la mañana, hipocondríacos en toda forma. Así mismo algunos individuos ricamente dotados de facultades intelectuales, algunos de fecunda i ardiente imaginación, de vivo i travieso jénio, están mui espuestos a que su esquisito sistema nervioso peque por carta de mas, como vulgarmente se dice. Las grandes inteligencias están separadas apenas por una línea de las grandes locuras; i muchos jénios se hombrean con los degraçados orates; i creo que en gran manera, debe considerarse la hipocondría como una manía especial, *suigeneris*, i caracterizada esencialmente por exajeración del *amor propio*.

El talento i el jénio remóntanse en alto pero detenidos por el hilo de la razón; el orate se remonta igualmente pero vaga al acaso porque se ha cortado el mui débil hilo i ha perdido el camino para tornar a la vida de la realidad. Napoleon el magno, con una línea mas de lo que admiró su siglo, no habria terminado en Santa Elena sino en Vincennes.

Las profesiones, como fácilmente se comprende, representan notable papel en el desarrollo de la hipocondría. Aquéllas que dan a la fantasía ocasion de divagar por campos imaginarios, las profesiones sedentarias que parecen agregar a la vida de las facultades del alma las fuerzas i trabajo de que no hace uso el cuerpo, disminuyen, por decirlo así, la vida vejetativa para, a sus espensas,

acrecer la sensorial; parece que nos elevan en la escala de los seres organizados; nos volvemos menos plantas, y se me permite la espresion, para ser animales mas perfectos o para ser mas hombres. La ociosidad, esto es, el quebrantamiento de la inexorable lei que pesa sobre la humanidad, la lei del trabajo, es tambien causa fecunda de variadas enfermedades. Prescindiendo de las que son consecuencia de los vicios, de que es madre, hallarémola incubando en la fantasía afecciones que, por de pronto, solo en ella existen, como ya lo hemos repetido; pero que mas tarde, por lei de solidaridad o de sinerjia entre materia i espíritu, han de estenderse i ofrecerse al exterior con marcados i positivos caractéres. Muchas afecciones nerviosas reconocen a la ociosidad por causa, i no débil e indirecta de completo, sino poderosa i, en muchos casos, directa.

Las asquerosas pasiones que dejan sobre el cuerpo huellas indelebles, son muchas veces efectos de una alma enfermiza de por sí, pero en otras son el foco de diversas enfermedades de ánimo i de cuerpo. Causas predisponentes algunas veces, tórnanse otras en determinantes. Las pasiones batallando incesantemente con la razon, debilitanla, sino la vencen, i hácenla gastar riquezas i fuerzas que, con paz i tranquilidad, podrian utilizarse en bien individual o social. La concupiscencia, los odios, las envidias, la desesperacion labran surcos donde jermarán mas tarde mil i mil enfermedades distintas i un cuerpo desgastado llevará su continjente a una alma empobrecida. El onanismo, enfermedad que por sí mismo, produce a su vez otras enfermedades, igualmente como la espermatorea i las poluciones, a menudo repetidas.

Es en este mismo sentido como obran las otras pasiones deprimentes, de que antes hablamos: la tristeza o suceso que la enjendran, un revés de fortuna, la pérdida de una persona amada, la espatriacion, desengaños, etc. etc. Lo mismo decimos de aquel sinnúmero de contradicciones

con que a cada paso tropieza el hombre, i que son inherentes a su transitoria condicion. El hastío o inapetencia del alma, como llamó un orador celeberrimo al fastidio o hartura de goces materiales, producen una especie de concentracion del individuo que la padece, concentracion que hace buscar en el corazon una felicidad disipada ya, goces gastados hasta el último, en objetos que apenas dejaron residuo de fastidio. El tal astío, orijina alguna vez un apego o cariño a la salud, tan especial que hace suicidas a los que la pierden o creen perderla. Amor a la vida que da lugar al de todo punto opuesto, efecto de llevarles a la muerte. Podria decirse que viven matándose por conseguir solo una vida estéril para la sociedad, inútil para la familia i pesada para ellos mismos. Es por esto que los hombres están mas espuestos a padecer la hipocondría; la sociedad les presenta campo abierto para entregarse en brazos del placer, i acabar de una vez toda la vida del corazon, gastar en aras de los goces todo el fuego del espíritu i evaporar al aire libre esos mil perfumes que debían guardarse en lo mas íntimo del pecho. Pródigos de vida que en breve hallan la existencia estéril i corta. Al revés de otros que la hallan cansada a fuerza de larga.

En dos casos fueron hemorroidarios i en otro un constreñido los hipocondríacos del sexo masculino que he tenido ocasion de observar. Háse situado tambien, como causa la supresion de flujos hemorroidales habituales.

Nótese cuan rara es en los hospitales la enfermedad que nos ocupa. Rareza que atribuimos no esclusivamente, a las condiciones hijiénicas i materiales de la jente pobre e infeliz, sino mas bien i de preferencia a las condiciones morales. En efecto, tenemos que atender no solo a la conformacion i modo de ser del aparato digestivo de la clase de jentes menesterosas, cuyos estómagos *dijeren piedras*, segun la gráfica i esacta espresion del vulgo, sino tambien i preferentemente a sus deseos, aspiraciones tan reducidas, olvido casi completo de su existencia i descuido de lo que la concierne.

Por natural transición, i casi sin darnos cuenta de ello, hemos confundido la etiología con la patojenia, campo lleno de tropiezos i oscuridad en casi todas las enfermedades.

Las enfermedades del estómago, i en especial la clase entera de afecciones que se nombran con el calificativo jénérico de dispepsias, han atraído la atención de los observadores como punto capital. Me atrevo sin embargo a negar esta unidad patojénica. Indudablemente en una inmensa mayoría de los casos, el estómago o, mas propiamente dicho, las vías digestivas, hánse presentado como el núcleo del que irradiaban los elementos i síntomas hipocondríacos; pero en el sexo femenino, tengámoslo muy en cuenta, no se ha hecho escepcion en favor de la hipocondría, del clásico aforismo: *omnes morbus mulier propter úterum*. Algunos casos nos han convencido de que la afección puede reconocer en el útero el lugar de su nacimiento. No negamos la posibilidad de una coincidencia; no, señores, pero en tal caso, coincidencia repetida con harta frecuencia para dejar de llamar hácia aquel órgano nuestra consideración. A mi entender, la modalidad morbosa gástrica o uterina no hace otra cosa que preocupar al enfermo sobre su salud i el modo de conservarla. Es el punto culminante que absorbe la contemplación i cuidados del paciente.

#### SÍNTOMAS.

Muchos i casi la mayor parte de los síntomas de la hipocondría son meramente subjetivos. El enfermo siente desazon consiguiente a una afección gástrica, intestinal o uterina. Precúpase *maniáticamente* de su salud, pierde los afectos, júzgase aislado en medio de la sociedad, exagera la maldad de los hombres, toma aversión a los lugares i a las cosas; se queja de dolores inesplicables i vagos hoy en la cabeza, mañana en la columna vertebral, mas tarde en el vientre, pecho o miembros; gusta de con-

sultar a todos, rodéase de esquisitas precauciones, toma cuanto remedio le aconsejan, persiste en unos con incontrastable constancia, cambia otros con volubilidad sorprendente; rara vez, i a despecho, se confiesa mejor, disgustase de la sociedad o la busca con afán *para distraerse*. Para decirlo de una vez, se cree enfermo con todos los achaques que aquejan la humana especie. Siente, i siente en verdad, los síntomas de la enfermedad de que murió tal conocido o que leyó en cual obra de medicina. En ocasiones se apoderan de él las mas raras, estrambóticas i orijinales ideas. Decide el hipocondríaco mui majistralmente del modo de obrar de los remedios. Toma, en ocasiones, cariño i aficion a un lugar o a una pieza de vestido. Se queja con amargura de la supuesta indiferencia de las personas que lo rodean, gusta de la música o la aborrece, huye de todo trabajo intelectual o material. Hiérole profundamente la menor duda que manifestamos sobre el *grave* estado de su salud. Presenta además los síntomas objetivos de la afeccion inicial: inapetencia hasta la completa anorexia, gastralgia, enteralgias, borborignos molestos, ansiedad epigástrica indescribible, o bien síntomas hemorroidarios, uterinos etc., segun los casos.

#### DIAGNÓSTICO.

La semejanza entre la hipocondría i el histerismo, exagerada por Sydenham hasta decir que se parecen como un huevo a otro (*vis orum aro similis*), ha sido llevada hasta la exajeracion. Sin duda las dos enfermedades se asemejan mucho; sus síntomas, marcha, tratamiento, modo de terminacion, las colocan uno al lado de la otra, pero no la indentifican. El decir de un mui célebre clínico que «El foco visceral de la hipocondría es el aparato de la conservacion individual; el del histerismo el aparato de la reproduccion de la especie», es exacta mientras no se mira el foco morboso como únicos i esclusiva diferencia, ni se le tome de una manera absoluta. La observacion, en

efecto prueba todos los días que alguna mujer cuyos elementos morbosos se oriĝinan en el aparato reproductivo, presentan síntomas que el clínico menos diestro calificará de hipocondríacos i nunca de histéricos. Fundados en las mismas razones deducidas de la esperiencia, nos atrevemos a negar, aunque no de completo, otra idea semejante del mismo autor: «El sistema nervioso del aparato digestivo i de sus anejos en el hombre es a la hipocondría propiamente dicho lo que el sistema nervioso del aparato genital de las mujeres al histerismo». ¿Hemos de negar que así como hai hombres histéricos hai mujeres hipocondríacas? Ni es, por otra parte, como antes dijimos, el aparato de la digestion, el foco único o manantial esclusivo dedonde el sistema nervioso jeneral, toma síntomas hipocondríacos; es *muchísimas* veces, no lo olvidemos, pero no *siempre*.

La hipocondría i la clorosis, no de continuo, *diferentes por su oriĝen*, aseméjanse en ciertos síntomas, o mejor dicho presentan algunos iguales o comunes. La nostalgia, alguna vez, en sus extremos, principio i terminacion, ofrece caractéres que, desatendida la hietiolojia, podrían inducir a error. Error no fácil i perentorio una vez que lo desvanecen las primeras palabras del enfermo. Podemos, sin embargo, decir en jeneral que la hipocondría, el histerismo i alguna vez la nostalgia presentan tipo o fisionomía de familia, si se me permite la espresion. Viéndolas separadas podemos confundirlas, talvez hasta el punto de tomar la una por la otra; pero poniéndolas juntas i analizando i comparando de una en una sus facciones, nos sorprenderemos de la magnitud de sus diferencias. Son hijas de una misma madre, la nerviosidad; pero enjendradas por mui distintos padres de quienes heredaron caractéres en extremo diversos.

Para concluir estas breves consideraciones sobre el diagnóstico diremos que si como base de éste toma el médico las narraciones del paciente, se verá obligado a creerse delante de la caja de Pandora.

## TRATAMIENTO.

Pueden emplearse con éxito los remedios que combaten el estado dispéptico; si la hiponcondría principió por una afeccion cardíaca deben emplearse la digital i mas medios apropiados; si del útero ésta es la fuente de indicacion. Los viajes con las mil i mil impresiones nuevas que ofrecen al alma, son recursos mui a menudo útil. Alguna vez, sin embargo, sucede lo contrario: el sentimiento natural de separacion de lugares queridos i de personas amadas pueden ocasionar la afeccion, obrando a la manera de las demás causas deprimentes de ánimo. Una sociedad escojida, instructiva i divertida, los paseos a campos amenos i entre amigos, la caza, los baños frios, una alimentacion sustanciosa pero poco abundante, la gimnástica, son preciosos recursos. Es menester que el hipocondríaco, olvide por decirlo así que vive i que está sujeto a la muerte, triste prerrogativa de todo viviente. Es en esta afeccion, como en muchas nerviosas, que son útiles muchos remedios i pocos medicamentos. Háse visto en muchas ocasiones que la satisfaccion de un deseo, el cumplimiento de una esperanza halagada en silencio, la expansion del corazon comprimido han curado al enfermo de la noche a la mañana, como suele decirse. No es rarísimo el caso de hipocondríaca que se ha sanado completa i repentinamente con la muerte de su esposo. Mas especial pero menos raro es el caso de cesacion de la enfermedad con motivo de un mal o una desgracia sobrevenida al enfermo, lo que podria esplicarse por el conocido aforismo *duobus doloribus* etc., si los dolores del alma se asemejaran a los del cuerpo.

El nacimiento de un hijo, o sea la paternidad, curándonos hasta cierto punto de la enfermedad de egoismo que nos aqueja, cura al hipocondríaco. Un hijo, por otra parte, lleva al interior doméstico un sinnúmero de atenciones i

cuidados que previenen el fastidio i disipan la concentracion íntima e incesante pensar eu sí mismo que domina al enfermo.

---

Permitidme dos palabras antes de concluir, señores. Voime a alejar mui pronto de esta hospitalaria patria, adonde me trajeron los huracanes de mi país. No estrañe el oirme decir patria; tiempos há debí llamarla así. Niño aún ofreciome graciosamente un lugar en sus colejos, agradecile entonces, pero no acudía su ofrecimiento; ahora, cuando cerrada la por mas de un concepto, notable Universidad de mi desventurada tierra, hallé invencibles dificultades para coronar mi trabajosa labor de estudiante; me acordé que en Santiago debia haber hecho mis primeros estudios, i me vine para terminar los últimos. Permitidle hablar a mi agradecimiento: no olvidaré a la primera de las repúblicas sud-americanas.

---

*Santiago, diciembre 17 de 1877.*

La comision examinadora acordó publicar en los *Anales de la Universidad* la presente memoria.

*Francisco R. Martínez,*  
Secretario.

---